

El texto empieza abajo



El Caribe colombiano, históricamente, fue un sitio de paz hasta cuando hace apenas una década comenzaron a llegar los de Dabeiba y los de Urama y los de mil lugares en las montañas que se elevan al Sur.

En Carmen de Bolívar, ciudad caribeña, alguien se comunicó con una reportera y le habló de una matanza en El Salao, aldea de aquel municipio.

La reportera se lo contó a otra reportera tan joven como ella y ambas buscaron comunicación con cuantas autoridades había en el lugar: Infantería de Marina, Policía, Fiscalía. Todos dijeron que no era sí.

Quien estaba al mando de la Brigada de Infantería de Marina —desde donde se maneja una fracción de lo que en Colombia llaman *orden público*—, era el tercero del segundo del cuarto comandante. Dijo que los jefes no se encontraban. Al parecer habían desaparecido de sus puestos aquel día.

El tercero del segundo del cuarto comandante insistió:

—Eso no es verdad, no está sucediendo nada, en esa zona se respira completa tranquilidad.

Como Diana, Rosario es una mujer terca, es decir, buena reportera:

—No les creo. Vamos para El Salao —le dijo a Diana.

El Salao queda montaña adentro, en una zona de guerra llamada Montes de María.

—Vamos pal Salao —insistió Rosario.

—Bueno, vamos pal Salao.

Se fueron para El Salao.

Ese 16 de febrero del año Dos Mil, en un punto de la carretera se desviaron y comenzaron a subir por un camino estrecho. Cuando habían avanzado unos 35 minutos, se encontraron con tropas de la Infantería de Marina:

—Atrás... ¡Atrás! —gritó el que mandaba.

—¿Por qué?

—Estamos persiguiendo a un grupo de narcoguerrilleros que se halla en esa zona, ustedes no pueden cruzar.

Luego de pensarlo, dijo otro:

—Bien. Continúen la marcha pero bajo su responsabilidad.

Continuaron y cuando estaban a tres vueltas de El Salao aparecieron más hombres, barbudos, el pelo largo, uniformes húmedos por el sudor. Dijeron que eran tropas de contraguerrilla. El que mandaba, gritó:

—No pueden continuar. Personal de reporteras... Devolverse, ¡carrera, arrrr!

El día 17 Rosario regresó acompañada por un enjambre de periodistas. Ahora la matanza era asunto sabido en toda la región, pero los infantes tampoco los dejaron cruzar.

Regresaron el día 18 y esta vez se encontraron frente a frente con una muchedumbre que huía de El Salao. Traían un llanto ahogado, silencioso. (Qué capacidad de sufrimiento tiene el pueblo colombiano.) Los reporteros confirmaron con quienes huían que la matanza había sido cometida por los paramilitares los días 15, 16 y 17 de febrero. Tres días de sangre.

—¿Quién era el jefe de los asesinos? —preguntó Rosario.

—Lo llaman *Capitán Veneno*. Vino de las montañas —respondieron.

Antes de aquello, los asesinos habían hecho «el camino de la muerte» que terminaba justo allí: luego de regresar el primer día, al anochecer Rosario y Diana tomaron un mapa y ubicaron con cruces los lugares que correspondían a las noticias que daba la radio. Alguien había comenzado a sacrificar gente, de a uno, de a dos, aldea por aldea y el rastro terminaba en El Salao, señalado por los paramilitares como el principal auxiliador de la guerrilla en aquella región que, ya lo he dicho, se llama Montes de María.

El tercero del segundo del cuarto comandante explicó después que también había advertido en su mapa el camino de la muerte y que una vez lo vio, mandó tropa a proteger

El Carmen, la cabecera municipal. Eso quería decir que por un error táctico, por algo que él debe explicar, había colocado a la tropa de espaldas a El Salao.

Aún así, el enjambre de reporteros que finalmente logró cruzar por allí dijo que los días anteriores había visto cómo el camino estaba bloqueado por tanta tropa que bien hubiese podido llegar hasta allá y evitar la matanza.

El Salao parece un pesebre de Navidad. Parece un nacimiento: frente a la iglesia hay una explanada, pequeñas casas alrededor, un campo verde, árboles florecidos.

Los paramilitares rodearon el lugar, a unos treinta pasos de ellos hicieron una línea de hombres y de mujeres. Los niños al lado de sus padres. El *Capitán Veneno* hizo llevar mesas de los comedores de algunas casas y un conjunto con ropa de camuflaje empezó a tocar tambores y flautas de millo: unos colocaban a la gente sobre las mesas y allí la desmembraban, y mientras la desmembraban, otros cantaban y bailaban al ritmo de los tambores.

Muchos huyeron y muchos cayeron. Los muertos fueron más de cien: tres días de tambores y cuchillos.

Las periodistas habían llegado a los alrededores el primer día de matanza y regresaron el segundo día, pero no las dejaron cruzar.

El tercero lograron acercarse al sitio y empezaron a escuchar historias: uno de los moribundos desarmó a su victimario y lo hirió en un brazo. Al victimario lo sacaron pronto de allí en helicóptero.

Los sobrevivientes, viudas, viudos y niños huérfanos huyeron finalmente y se hacinaron en El Carmen de Bolívar,

la cabecera municipal. Una señora llegó con su lora. La lora reproducía constantemente sonidos de aquellos días:

—Ta, ta, ta, cápelo, mi capitán. Cápelo, mi capitán.

—Ta,ta, ta... No me mate, no me mate.

—Ta,ta,ta... Cápelo...

Al atardecer alguien penetró al refugio y degolló a la lora.